

# EL GIRO A LA DERECHA

**N**O hacen falta bolas de cristal ni dotes especiales de adivinación para vislumbrar tras las primeras y un poco perezosas acciones de este Gobierno de la nueva legislatura una inclinación mayor a la derecha: algunos nombres clásicos en los nuevos nombramientos, otros menos clásicos pero con filiación conocida y, simultáneamente, el desplazamiento de los que se habían señalado por alguna forma de apertura dan una medida. Corroboran o confirman indicios iniciales: la sesión de investidura sin debate, la formación del Gobierno. Y se continúa con otros hechos de la misma línea: la intención de unas disposiciones forzando al reparto de poder en los municipios, el refuerzo de los gobernadores frente a los alcaldes. La figura del gobernador, tradicional en España, sigue pareciendo una contradicción con el espíritu de la democracia: personajes casi omnímodos en su provincia, designados por el Ministerio del Interior directamente, sin necesidad de un conocimiento previo de la provincia que van a administrar, sin obligación de una carrera o de un título que les califique para su cargo. En Francia y en Italia son prefectos de carrera, funcionarios especializados que ascienden por escalafón; en Estados Unidos son cargos de elección popular, generalmente —según los Estados— renovados cada cuatro años. En España no son más que políticos designados por el poder central. Habría que pensar en una democratización de este importante cargo, pero es de temer que nadie intente esta tarea: todo partido piensa en gobernar a la larga, y piensa también en designar a sus propios gobernadores civiles. En el régimen anterior se les confirió mayor condición política por su carácter simultáneo de jefes provinciales del Movimiento —como los alcaldes eran jefes locales— y, ahora, vista la elección de Ayuntamientos de la izquierda, se les da mayor fuerza en cuanto a disposición del orden público y Policía.

**L**A inclinación a la derecha, que se efectúa naturalmente dentro de la mayor legalidad, no puede sorprender a nadie. La invasión de cargos era ya una tónica de UCD en los tiempos anteriores. Sólo se le podría reprochar si se sospechase que un supuesto Gobierno de izquierdas hubiera actuado de forma distinta; no es una sospecha fundada, menos durante la distribución de cargos municipales. Notemos, también, la diferencia de España con respecto a otros países de la Europa Occidental, diferencia que debemos a nuestra historia. En otros países, la democracia es antigua, se han ido turnando

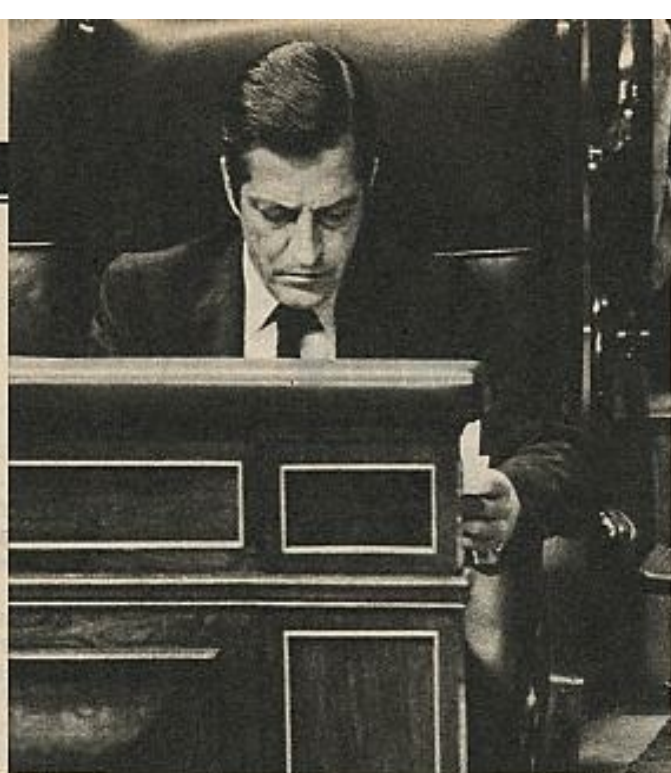
partidos en el poder, cada uno de ellos ha ido dejando sus funcionarios detrás, y los que han ido llegando los han respetado en muchos casos. El funcionario, además, ha respetado su función por encima de su tendencia de partido. En España, el régimen anterior, sin partidos, se basó en personas, y esas personas fueron elegidas gran parte de las veces en razón de sus comportamientos para con el régimen, que era una forma de señalar sus merecimientos para el cargo: era un sistema de premios y castigos, y una forma de asegurar la permanencia por medio de lealtades. El cargo, además, tiene un sentido de poder muy claro, y eso no solamente procede de la época franquista, sino de mucho más atrás, de siglos atrás; los cargos se entregaban directamente a las personas de una misma clase y eran una prolongación del feudalismo. Esa carga psicológica no se ha perdido enteramente, y la noción de derechos suele estar muy por encima de la de deberes. Aún hoy hay una arrogancia en el cargo, un sentido hiperestésico de la autoridad y del respeto, que se manifiesta en mil pequeños privilegios. Si en otros países las sucesivas capas, las escuelas administrativas, el sentido de la función pública y el del trabajo personal ofrecen una administración políticamente heterogénea a la que da homogeneidad el cumplimiento, más o menos estricto, de lo legislado, en España se presenta como bloque compacto.

**L**O que quiere decirse con esto es que una inclinación a la derecha en la política de Gobierno se puede sentir de una manera demasiado pesada en la vida del país. Probablemente hubiera sucedido lo mismo, pero en sentido contrario, de haber habido un Gobierno de izquierdas que hubiese entrado con la misma premura y codicia en la sustitución de cargos; probablemente más aún, por cuanto la derecha todavía mantiene a muchos antiguos que son afines, y la izquierda se hubiese visto obligada a cambiarlo todo. El hecho es que si el Gobierno se inclina hacia la derecha en dos grados, las correes de transmisión de la línea del poder lo aumentarán a diez. Lo cual puede ser una presión excesiva.

**E**N sí es normal, y no se podía esperar otra cosa. Hay considerables apariencias de que UCD representa la continuidad en el disfrute del poder y de los privilegios, regulados ahora por una Constitución —cuyo desarrollo va a hacer ese mismo partido desde su mayoría parlamentaria— de







Suárez sabe perfectamente que la mayoría en esas elecciones la consiguió dando una imagen de centro y de servicio a unas clases medias.

una misma clase social. Suárez ha sabido manejar a una izquierda timorata y acomplejada durante sus primeros tiempos para que no presentara una excesiva oposición: ha presentado ante las bases históricas del poder clásico las suficientes garantías y, ahora que ha recogido su fruto por vía electoral, tiene en sus manos toda la instrumentación necesaria para llevar adelante, dentro de esos moldes nuevos, la política de la derecha. Puede presentarla ante la sociedad española como surgida de unas elecciones, y ante la opinión pública internacional, como cumplidora fiel de una Constitución votada por referéndum y elegida legalmente. No hay dudas de ello. Las que se pudieran emitir —la parcialidad del sistema matemático elegido para las elecciones, el abuso de la televisión y los medios de comunicación del Estado, el mantenimiento de estructuras locales favorables— son, en realidad, poco significativas: con esas mismas condiciones, un mes después la izquierda conseguía las Alcaldías que rigen el 70 por 100 de la población española. Las protestas que desde la derecha se hacen contra la legalidad municipal y la existencia del pacto PSOE-PCE son tan meramente pasionales como las que se puedan hacer desde la izquierda sobre la legalidad de la elección de UCD en las legislaturas.

**S**IN embargo, el presidente Suárez sabe perfectamente que la mayoría en esas elecciones la consiguió dando una imagen de centro y de servicio a unas clases medias, y que si esas clases medias tienen un cierto reflejo de defensa con respecto a izquierdas radicales, lo tienen también contra la persistencia de las clases superiores, y que no puede defraudarlas. Incluso la elección municipal le podría haber producido esa meditación. Ello quiere decir que si la inclinación a la derecha es inevitable, por su propia naturaleza y la de su partido, y por el acuerdo con las clases dominantes más antiguas, deberá tener cuidado de no acentuarlo, de que correas de transmisión de poder no mantengan el viejo sentido de lealtad al régimen al estilo anterior, que llevaban más allá las órdenes superiores para mostrarse afectos e intachables. En ese cuidado, en esa vigilancia, residirá en parte el porvenir de su Gobierno, en lo inmediato y en lo futuro. ■ Foto: RAMON RODRIGUEZ.

## CONTRA LA REALIDAD

**M**IENTRAS unos grandes montones de españoles se apelmazan en los locales donde se proyecta "Superman", otros lo hacen donde se pasa "Nosferatu", nuestro viejo amigo Drácula, que viene con otro nombre. Y se acaba de celebrar el Congreso de Ufología —los platillos volantes, los extraterrestres!—, mientras se prepara ya el I Simposio Nacional de Magia, Brujería y Satanismo, anunciado pintorescamente: "España, sexta potencia mundial en brujería" (como en todo, Estados Unidos han quitado el primer puesto a Gran Bretaña).

¿Es todo esto lo mismo? Sí y no. Los sabios dirán que "Superman" es la ideación de la ambición de poder que llevamos dentro —se sueña con que se vuela cuando se quiere dominar—; el vampiro es la dramatización de la queja del explotado por el explotador, del pobre por el rico ("nos saca la sangre", "nos chupa la sangre"); los extraterrestres son la forma de concretar el eterno terror cósmico, y las brujas y los satanes, los causantes del daño, del dolor de vivir cada día; tan fuertes por sus artes que no los podemos vencer.

Todos ellos son elementos en los que se puede, al mismo tiempo, creer y no creer. Justamente esa ambigüedad es la que nos desazona. No podemos creer porque nuestro racionalismo, que lleva tanto tiempo arraigado —Sancho era más racionalista, y antes, que Descartes—, nos lo impide; pero podemos creer porque el racionalismo se está hundiendo cada día por el mal resultado de lo razonable. La realidad está fracasando estrepitosamente.

Y, por otra parte, es mucho menos creíble. Lo que está realmente pasando en España y en el mundo —y lo que pasa en la política no es más que un indicio de cómo se está desencajando la sociedad: los políticos no dirigen ni mandan, sino que salen así de entre nosotros, que estamos rotos— es más bien increíble. Y, sin embargo, es.

¿Por qué no creer en lo increíble? ¿Por qué no nos decidimos de una vez a creer que la Tierra es redonda y que no está inmóvil, sino que gira en torno al Sol? Está claro que, por ejemplo, en la disputa de Galileo los que tenían la razón —la razón de lo visible, la razón de lo real— eran los inquisidores y los padres de la Iglesia, aunque no tuvieran la razón. ¿Cómo creer que la Tierra se movía? Sin embargo, ellos mismos estaban imbuidos de lo increíble, de lo invisible, de lo improbable; y atacaban a Galileo por la mezcla ambigua y torturadora del realismo y de lo inverosímil que para ellos tenía una realidad absoluta.

Tal vez Nosferatu y Superman, Satán y los extraterrestres, nos estén ayudando más de lo que creemos. Nos están descargando del peso insostenible de una realidad inverosímil, que no somos capaces de admitir. La realidad de Harrisburg, la realidad de una China de derechas, la realidad de Egipto aliado a Israel. La realidad insostenible de unos sujetos que viven entre nosotros, que son como nosotros, y que disparan unas metralletas contra los policías. La realidad contra la que ya no se sabe cómo luchar. ■

POZUELO